

UNA FIGURA DE LA CONCIENCIA ESPAÑOLA: DON QUIJOTE EN MARÍA ZAMBRANO

Sara Molpeceres Arnáiz
Universidad de Murcia

Resumen: María Zambrano es uno de esos raros casos en los que un filósofo recurre a obras y personajes literarios, no para ilustrar o explicar su pensamiento filosófico, sino como forma de expresión de dicho pensamiento. Preocupada por los efectos de la filosofía racionalista en Occidente, Zambrano ve en la literatura una alternativa más efectiva a la hora de comprender al ser humano. Como veremos en este breve trabajo, un ejemplo de ello lo constituye el personaje de Don Quijote, para Zambrano un mito español, una figura de la conciencia capaz de servir de guía en la tarea de hacernos persona y sociedad.

No podríamos dudar los españoles de que la figura de don Quijote de la Mancha sea nuestro más claro mito, lo más cercano a la imagen sagrada¹.

Pocos datos hablan tan favorablemente acerca del valor de una obra literaria como el hecho de que siga vigente a través de los siglos. Hecho que, en el caso del *Quijote*, queda patente no sólo porque seguimos asistiendo a diferentes relecturas críticas de la obra, sino porque el texto cervantino tiene todavía una importante función seminal en el pensamiento de otros autores. En este breve escrito vamos a exponer precisamente eso, no una lectura de la obra cervantina, sino una serie de reflexiones filosóficas que se nutren de la figura del Ingenioso Hidalgo. Se trata del pensamiento de la filósofa malagueña María Zambrano (1904-1991), que utiliza en varias de sus obras la figura de Don Quijote “como base para disertar sobre algunas de sus preocupaciones

¹ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa, 2002, p. 17.

fundamentales: la filosofía, la poesía, España, el hombre moderno o el ser..."².

Pero quizás convendría que antes de entrar en nuestro tema nos planteáramos una cuestión: ¿por qué recurre un filósofo, en este caso María Zambrano, a obras literarias para exponer diversos puntos de su pensamiento? Don Quijote no es el único personaje literario en poblar las páginas de la pensadora malagueña: Antígona, Eloísa, la Nina de *Misericordia*... todas ellas son figuras recurrentes en nuestra autora, figuras que en ningún momento suponen un mero adorno o una extravagancia literaria dentro de un pensamiento filosófico tradicional, sino todo lo contrario. Para María Zambrano el interés por lo literario surge muy pronto y se encuadra en una continua "búsqueda de caminos alternativos a los de la filosofía especulativa para la comprensión del drama del hombre"³. Y es que, para nuestra autora, la filosofía heredada de Platón no sólo resulta insuficiente para la comprensión de la naturaleza humana, sino que, además, restrictiva y cercenante, ha causado muchos males a la sociedad occidental⁴.

Según María Zambrano, hubo un estadio primigenio anterior al nacimiento de filosofía y poesía⁵, el tiempo mítico, en el que el hombre vivía al abrigo de los dioses y dominado por el destino. En ese momento el hombre no tenía ser, ni se preguntaba por sí mismo, pero vivía completo y en armonía con lo divino y el mundo que le rodeaba. Con el mito el hombre no había nacido, pero tenía "la anchura del mundo sin límite alguno"⁶, es decir, no podía definirse porque no tenía conciencia de sus límites, lo divino residía en todo, lo era todo. En determinado momento, el hombre comenzó a preguntarse por las cosas, y ya se sabe que esto implica la "decadencia de lo sagrado, de las fuerzas mágicas que nos hablan y miran, nos amenazan y protegen. Y preguntar por su ser supone haber preguntado, haberse extrañado por algo que se ha ido"⁷, es decir, notar su falta.

Tanto filosofía como poesía nacen de este estado de interrogación, del asombrarse por las cosas, de preguntarse por el mundo; pero cada uno de ellos tomó un camino diferente: el filósofo se arranca violentamente de la realidad para lanzarse a otra cosa, para crear una abstracción conceptual, abandonando así las pequeñas cosas que originaron su pensamiento⁸. Por otro

² Goretta RAMÍREZ, *María Zambrano, crítica literaria*, Madrid, Devenir Ensayo, 2004, p. 125.

³ María Luisa MAILLARD, *María Zambrano. La literatura como conocimiento y participación*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 1997, p. 81.

⁴ Cf. Rogelio BLANCO MARTÍNEZ & Juan Fernando ORTEGA MUÑOZ, *María Zambrano (1904-1991)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1997, p. 33.

⁴ Conviene indicar que cuando María Zambrano emplea el término "poesía" no se refiere al género lírico, sino a toda literatura, independientemente de su género. Con este sentido aparecerá el término a lo largo de este trabajo.

⁶ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 25.

⁷ *Ibid.*, p. 26.

⁸ Cf. María ZAMBRANO, *Filosofía y poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 16.

lado, el poeta escoge el camino opuesto, decide ser fiel a las cosas y pierde su ser en lo concreto que le causó asombro y perplejidad⁹. Aquí se produce esa división radical de la existencia humana: el sentimiento, la fantasía, el sueño, el delirio y la imaginación caminarán por un lado, por otro, lo racional; y tras Platón y el triunfo de la filosofía, será lo segundo lo que domine, resultando así un hombre que por medio de esa razón busca darse a sí mismo la existencia que antes le dieran los dioses.

Mediante este proceso nace el mundo de lo “humano”, un mundo donde ya no existen dioses que expliquen y legitimen las cosas, un nuevo mundo donde el hombre es “agente y rector de su propio destino”¹⁰, es decir, su propio dios; y será la nueva razón filosófica su consorte, una razón que ha dominado la cultura occidental durante siglos y que nos ha impuesto un modelo de lo que el hombre y la vida humana han de ser:

La filosofía trazaré de lo humano un esquema, promesa de seguridad, como si dijera: “si te atienes a esto, si reduces tu vida a este ser, claro, seguro, idéntico a sí mismo, estarás a salvo; ninguna fuerza, ni siquiera la de los dioses, te podrá arrebatar tu condición”¹¹.

Y así seguiremos durante siglos, cobijados y seguros en la construcción filosófica que nos hemos creado, sin darnos cuenta de que es tan ficcional como esa literatura que tanto se criticaba, que sólo es una más de nuestras creaciones. Pero llegará un momento en que esa enseñoreada razón no nos baste, en que tengamos que admitir que nunca la razón ha ayudado en la humilde vida del hombre concreto¹². Y es que, efectivamente, la filosofía racional no nos ayuda en la tarea de ser hombre, no nos acompaña a lo largo del camino. Esa es la tarea que lleva a cabo la literatura y sus personajes. Es el poeta el que guía al hombre en el vivir. Por muy racional que se crea, el hombre conserva siempre algo de esa “primitiva mezcla sagrada, de la participación misteriosa y primaria con la realidad toda; algo del mundo del mito y de la fábula”¹³. Por eso el hombre no puede aguantar por mucho tiempo la cárcel de la filosofía y, tarde o temprano, lo verdaderamente ‘humano’ escapará de los límites de lo racional y “se manifestará en sueños, en tremendas pesadillas, en ensoñada esperanza; se llamará amor, ansia de eternidad, afán de poder absoluto, de absoluta justicia”¹⁴.

Habrà que crear, pues, un sistema que aúne esta realidad múltiple, que reúna esas dos mitades separadas del hombre. Habrà que abandonar el

⁹ Cf. *Ibid.*, p. 17.

¹⁰ José Ángel ASCUNCE, “Reflexiones en torno a María Zambrano: Don Quijote o el humanismo trágico” en *Letras de Deusto* 34/104 (2004) 195-196.

¹¹ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 27.

¹² Cf. María ZAMBRANO, *Filosofía y poesía*, p. 23

¹³ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 27.

¹⁴ *Ibid.*, p. 29-30.

“racionalismo volviendo los ojos al hombre, a la persona”¹⁵. Y para ello, María Zambrano idea la llamada ‘razón poética’, que cumpliría su objetivo de aunar filosofía y poesía. Este tipo de razón nacería también de la observación ensimismada del mundo, pero a diferencia de la actitud del filósofo, no tendríamos aquí una investigación inquisitiva de las cosas, sino que seguiríamos el camino del poeta, pues a él “la realidad le sale al encuentro y su verdad no será nunca verdad conquistada, violada; no es *alezeia*, sino revelación graciosa y gratuita; razón poética”¹⁶. Es decir, debemos esperar a que la realidad se nos revele y en ese preciso instante se abrirá en nuestro tiempo una brecha atemporal en la que el “espacio pierde su tercera dimensión y los objetos en él contenidos quedan despegados de él; flotando *reducidos a imágenes*... queda entonces la realidad suspendida, absolutizada, en estado de ser”¹⁷.

La realidad se revela así, de forma múltiple, aunando pasado, presente y futuro, uniendo en un tiempo y un espacio absolutos los sueños de todos los hombres, esto es, “las huellas de una larga letanía de escrituras pasadas, como lejanos ecos de un ayer cargado de resonancia”¹⁸, y entre todas las experiencias acumuladas por otros en sus sueños del ser, en esa realidad suspendida, codificada en forma de imágenes, es posible que uno encuentre aquellos mitos del hombre primigenio que, una vez vueltos a la conciencia (pues no podemos perdernos en el sueño como el poeta, sino que debemos aunar filosofía y poesía), una vez que se ha regresado a la luz de la razón después de haber asimilado el bagaje aprehendido en la forma sueño, ahí esas figuras de la conciencia, esos mitos, pueden funcionar de iluminadores del camino hacia el ser del hombre, pues el hombre siempre busca darse el ser, y para iniciar su camino necesita una revelación. Tendríamos, pues, una serie de figuras que se aparecen a la conciencia y que nos guían en el oficio de ser hombres, que encaminan al hombre individual, pero que también pueden iluminar a un pueblo, como Don Quijote, “nuestro más claro mito”¹⁹.

Estas imágenes son creadoras, no sólo nos acompañan mientras nos recreamos a nosotros mismos, sino que también llevan en ellas el germen del arte, de la poesía, pues para Zambrano parece claro que la literatura “bebe en la fuente de la Mitología y que sólo bajo su luz desvela su potencia de conocimiento”²⁰. Así, lo Otro de la razón encuentra su acomodo ideal en los sueños, sueños transfigurados en mitos capaces de despertar “las conciencias del hombre primitivo, en modelos ejemplares o en acontecimientos sagrados

¹⁵ Rogelio BLANCO MARTÍNEZ & Juan Fernando ORTEGA MUÑOZ, o.c., p. 34.

¹⁶ María ZAMBRANO, *Pensamiento y poesía en la vida española*, en María ZAMBRANO, *Obras reunidas*, Madrid, Aguilar, 1971, p. 295.

¹⁷ María ZAMBRANO, *El sueño creador*, en María ZAMBRANO, *Obras reunidas*, p. 23.

¹⁸ Rogelio BLANCO MARTÍNEZ & Juan Fernando ORTEGA MUÑOZ, o.c., p. 39.

¹⁹ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 17.

²⁰ María Luisa MAILLARD, o.c., p. 114.

capaces de revelar verdades trascendentales a través de la dimensión semántica que poseen"²¹.

Y es que, "el único modo de que la conciencia recoja ciertas cosas, sucedidas o soñadas, es que la poesía se las ofrezca en ese modo en que suele hacerlo, entre la verdad y el sueño"²², es decir, que aquello que un hombre soñó, todos podemos interiorizarlo como figuras de nuestra conciencia a través de sus letras.

Dada la importancia que nuestra autora adjudica a la literatura, no es de extrañar que su interés también haya ido más allá de obras concretas y se haya fijado en los géneros literarios. No obstante, la reflexión que realiza Zambrano sobre ellos no es teoría literaria al uso. Una vez más, sus disquisiciones en el campo de la literatura persiguen sustentar sus argumentos filosóficos, no se busca aquí una definición basada en poética o retórica alguna, sino la función que éstos pueden tener en la vida del hombre. Así, los géneros literarios se convierten en "formas en las que se ha vertido el desfile de sueños que la humanidad ha conseguido llevar a la palabra y en los que se debate el anhelo de ser hombre"²³. Hay que relacionar, entonces, a cada momento de la conciencia con un género determinado. Al estado de unión entre filosofía y poesía le corresponde el mito, cuando el hombre aún no ha nacido a la conciencia. La tragedia nos llegaría cuando hay una decadencia del vínculo con lo divino y se genera el consiguiente vacío. En la tragedia se nos presenta "la soledad del hombre que se siente confundido frente a su destino"²⁴, no obstante, este hombre perdido alcanzará su ser por el sufrimiento y el sacrificio.

Pero aún encontramos un estadio más, aquél en el que lo divino se ha desvanecido del todo, el momento en el que el hombre se ha erigido dueño y señor del mundo que le rodea por medio de la razón. Es un tiempo en el que "la vida de los hombres, de cada hombre, se ha emancipado de la "servidumbre" a los dioses y semidioses. Sólo lo humano nos mide. Sólo lo humano"²⁵.

El género que corresponde a esta etapa es la novela, que para Zambrano sería "en cierta medida como decadencia del mito"²⁶. La novela es, además, "un género contemporáneo, nacido de la afirmación de la individualidad renacentista y que responde de forma emblemática a un mundo despojado de

²¹ José Ángel ASCUNCE, o.c., p. 189.

²² Rafael FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, "Algunos senderos de María Zambrano por la literatura", en Juan Fernando ORTEGA MUÑOZ y otros, *María Zambrano. Raíces de la cultura española*, Madrid, Fundación Fernando Rielo, 2004, p. 321.

²³ María Luisa MAILLARD, o.c., p. 102.

²⁴ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 27.

²⁵ *Ibid.*, p. 23.

²⁶ Julia CASTILLO, "La tumba de Antígona: tragedia y misericordia", en Fernando SAVATER y otros, *Papeles de Almagro. El pensamiento de María Zambrano*, Madrid, Zero, 1983, p. 106.

la servidumbre de los dioses y reducido al horizonte de lo humano”²⁷. La novela supone, por tanto, el terreno de la libertad humana, siendo ésta lo que se sitúa ‘más allá de lo sagrado’, un lugar donde el hombre cree bastarse, aunque en realidad se encuentra solo, pues aunque desea con todas sus fuerzas ser dios y darse a sí mismo el ser, no puede evitar, en ocasiones, sentir la añoranza de lo sagrado y la necesidad de su protección: quiere a la vez el conocimiento y el ser²⁸, pues sólo podemos ser en comunión con lo Otro y los otros. También la novela es reflejo de la soledad. Y la finalidad del personaje de novela es siempre “convertirse en el ser que anhela ser”²⁹, la novela nace de la conciencia del personaje de que algo no va bien, de que algo le falta.

La novela es, por otro lado, ambigua, porque es precisamente el único género netamente humano, y como humano que es posee la ambigüedad del hombre, que “siempre anda por las fronteras infernales de la cordura y de la locura, de lo heroico y de lo grotesco, de lo grandioso y de lo patético, de lo sublime y de lo paródico”³⁰. Antes el hombre aceptaba todo aquello que no podía entender como proveniente de lo divino. Pero una vez que dios ha muerto, nuestro límite se estrecha a lo humano, esto es, un límite racional; pero inevitablemente la naturaleza humana se acaba imponiendo: lo otro de la razón resurge y, ahora, todo aquello antes divino se convierte en ambiguo.

Quizás es que lo verdaderamente humano va mucho más allá del constructo racional que hemos hecho de lo ‘humano’, “¿sucederá tal vez que lo humano no sea la mejor medida para lo humano?”³¹

Otra característica de la novela es que el autor ha de soñarse a sí mismo a través de sus criaturas³². Según Zambrano, también Cervantes debió de sentir, en algún momento, el vacío de la existencia³³, debió de darse cuenta de que su vida no era más que “el desierto de los hechos”³⁴; y muy probablemente fue una figura femenina la que le llevó al despertar, la que le asistió en su revelación³⁵: fue la imagen de una blanca Dulcinea la que le reveló que la vida no tiene sentido sin los otros. Pero esa imagen de carácter misterioso e intangible, una imagen que no se podía apresar ni materializar, sólo se podía revelar en forma de arte³⁶. La literatura se nutre así de la imagen casi mítica, encuentra en ella su germen. Esta figura femenina, además, no sólo es la guía

²⁷ María Luisa MAILLARD, o.c., p. 111.

²⁸ Cf. Ana BUNDGÅRD, *Más allá de la filosofía. La mística de María Zambrano*, Madrid, Trotta, 2000, p. 319.

²⁹ María ZAMBRANO, *El sueño creador*, p. 76.

³⁰ José Ángel ASCUNCE, o.c., p. 188.

³¹ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 23.

³² Cf. María ZAMBRANO, *El sueño creador*, p. 75.

³³ Cf. José Ángel ASCUNCE, o.c., p. 199.

³⁴ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 29.

³⁵ Cf. *Ibid.*, p. 57.

³⁶ Cf. *Ibid.*, p. 63.

de Cervantes, sino también el impulso de Don Quijote, la luz del caballero en su proceso de encontrarse. Pues también el personaje, al igual que el autor, sabe que hay algo que no funciona en su existencia, y en determinado momento se pregunta:

“¿Qué soy yo?: una cosa que piensa”. Y ante esto la criatura llamada hombre no puede resignarse. Parte de su ser pensante va hacia la acción, y entonces se piensa a sí mismo, y sin darse cuenta se inventa a sí mismo, se sueña, y al soñarse se da un ser, ése por el que penaba³⁷.

Pues siempre más allá del pensar está la acción, y Don Quijote se pone en camino, y las acciones que lleva a cabo, aun soñadas en su locura, son acciones de amor y de justicia, ya que el hombre sólo puede trascender y encontrar su ser si se da universalmente³⁸, sólo en la renuncia que supone ceder parte del ‘yo’ a los otros; y es precisamente ese amor a Dulcinea lo que le hace descubrirse a sí mismo, pues “no quiere su amor sin ganarlo, sin merecerlo, y para merecerlo ha de realizar el bien para todos, la justicia para todos”³⁹.

Pero en el mundo de lo humano, el mundo de la novela, ya no hay dioses, y el hombre está solo, únicamente queda él para darse la conciencia, y como es algo que le sobrepasa ha de inventarse, y Don Quijote se inventa a sí mismo en forma de héroe de tragedia. Pero el sacrificio por el otro que en la tragedia salva al héroe, aquí se convierte en burla, pues “la conciencia actual, obstinadamente embebida en los límites de lo humano, no puede acoger a un ensueño tan ‘enorme’”⁴⁰. Y ante la burla de un ser que busca trascender aquello que le ha sido dado, Don Quijote sólo puede elegir la locura, una locura protectora en la que diseña un mundo a su medida, pues “como la realidad no lo albergaba, hubo de transformar la realidad en el único modo que le era posible, soñándola”⁴¹. Y tenemos que esta locura de Don Quijote es, ni más ni menos, el resultado de la lucha por llegar a ‘ser’ en un entorno hostil.

He aquí, según Ana Bundgård, la ironía de Cervantes, que con la locura de su héroe buscaba criticar “la conciencia racionalista cartesiana”⁴² que, tras haber definido lo “humano” como lógico y racional, ha cerrado la puerta a lo que es, en realidad, verdaderamente humano: la necesidad de un tú que nos sobrepase y en el que sentirnos seguros; la necesidad de sacrificar parte de nuestra individualidad para encontrarnos con el otro; la necesidad, en una palabra, de lo Sagrado.

³⁷ Ibid., p. 30.

³⁸ Cf. María ZAMBRANO, *El sueño creador*, p. 84.

³⁹ María ZAMBRANO, *Persona y democracia*, Madrid, Siruela, 1996, p. 103.

⁴⁰ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 38.

⁴¹ María ZAMBRANO, *El sueño creador*, p. 85.

⁴² Ana BUNDGÅRD, o.c., p. 328.

Pero Cervantes no puede dejar a Don Quijote perdido en su sueño, en su realidad ideal. Don Quijote debe terminar de ‘ser’ en el mundo al que pertenece, debe regresar, y así nuestro autor trasciende poco antes de su muerte “lo novelesco de su vida”⁴³. Vuelve el Hidalgo al mundo con todo aquello aprendido en su ensueño: ahora no nos encontramos con el racional Alonso Quijano ni con el loco Don Quijote, sino con una fusión de ambos, Alonso Quijano el Bueno, que ha conseguido su ser y que ya sabe que “héroe es el ser que quiere ser ‘sí mismo’, no por aspiración de realización personal individual, sino para ‘ser algo mejor para todos’”⁴⁴.

Pero, para Zambrano, Don Quijote no sólo “muestra mejor que ningún otro producto de nuestra cultura ese conflicto entre conciencia, razón y piedad, servidumbre a lo divino, conflicto en el que va nuestra condición humana, nuestra definición”⁴⁵, sino que, además, representa mejor que ninguna otra figura de la conciencia lo que es ser español. Y es que, esa lucha por darse el ser ante las circunstancias adversas, esa necesidad de lo sagrado en medio de lo racional, todo ello caracteriza al español más que a ningún otro pueblo: el español es un pueblo esencialmente ambiguo⁴⁶ que ha vivido siempre navegando entre filosofía y poesía, admirando la una y renegando de la otra. España no ha tenido nunca como base del conocimiento la razón o un sistema filosófico al uso⁴⁷, su filosofía ha sido siempre su literatura pues,

en realidad, el español solamente es capaz de encontrar su equilibrio, de conservar la fluidez de su vida por la poesía, por el conocimiento poético de las cosas y los sucesos que le incorporan a la marcha del tiempo. Si se hace racionalista se encierra, pierde su fluidez y se hace absolutista; reaccionario, enemigo de la esperanza⁴⁸.

Pero parece que no lo hemos querido aceptar y hemos mirado a los grandes sistemas filosóficos europeos con ojos golosos, añorando lo que no podemos ni nos conviene conseguir. Somos, por ello, un pueblo que vive a espaldas de su ser y de su historia, un “pueblo sin raíces, desarraigado”⁴⁹, que se burla del conocimiento que le brinda su máximo tesoro: su literatura, una literatura poblada de figuras de la conciencia, pues

toda cultura deja ver la necesidad de imágenes que sostengan y orientan el esfuerzo y el anhelo –la pasión– de ser hombre. Sin duda de ella ha nacido el

⁴³ Ibid., p. 318.

⁴⁴ Ibid., p. 330.

⁴⁵ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 24.

⁴⁶ Cf. Ibid., p. 40.

⁴⁷ Cf. José Ramón ALONSO SARRO, “María Zambrano: españolidad/ europeísmo”, en *El Basilisco* 21 (1996) (<http://www.filosofia.org/rev/bas/bas22127.htm>).

⁴⁸ María ZAMBRANO, *Pensamiento y poesía en la vida española*, pp. 295-296.

⁴⁹ Juan Fernando ORTEGA MUÑOZ, *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 216.

mito, los mitos, y ese género tan ambiguo que es la novela y que en cierta medida es su decadencia. Bajo estas formas poéticas aparecen estas imágenes de la vida humana que, por encima y más allá del tiempo cotidiano, engarzan el pasado más remoto y el futuro inaccesible. Y se ciernen –dirigen y hasta justifican– sobre el hacer y el padecer que constituyen la historia de un pueblo⁵⁰.

Y ese es el saber que España puede enseñar a Europa y al mundo, aunque para ello quizás debiéramos ser conscientes, primero, del techo de cristal de la filosofía, de aquello de lo que nos está privando la etiqueta de ‘racional’, de que el misterio, la mística, el sentir, la imaginación, el delirio... también son del hombre, y sólo cuando ensanchemos la filosofía para dar cabida a la integridad del hombre, entonces

el tiempo creador donde nace el ensueño personal se abrirá paso en la claridad de la conciencia. Y si a tal situación de la mente corresponde una cierta situación de la sociedad, entonces dejaría nuestro señor don Quijote de hacer penitencia sirviendo de burla, y nosotros, los españoles, comenzaríamos a entendernos a nosotros mismos⁵¹.

⁵⁰ María ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, p. 39.

⁵¹ *Ibid.*, p. 38.